

Notas

RUBÉN SALAZAR MALLÉN

DE REGRESO A PLATÓN

TANTA ES LA FUERZA de un *clima de opinión* determinado, que postular la similitud entre el pensamiento político de Lenin y Mussolini y el de Platón quizás suscite sorpresa; sin examen y análisis previos, puede parecer absurda la presunción de que dos de los más conspicuos políticos del siglo xx, pensaron como había pensado un filósofo que vivió y murió mucho antes que ellos se asomaran a la vida.

A la presión que ejerce el *clima de opinión*, esto es, la suma de intereses, ideas, sentimientos y pasiones que, conjugándose en una época, impiden ver objetivamente la realidad y apreciar en su magnitud y significación las corrientes de pensamiento que la recorren, suele mezclarse una suerte de pereza mental, que, precautoriamente, procura eludir los problemas que por necesidad surgen cuando se adopta una actitud independiente del *clima de opinión*, u opuesta a él.

Así, al plantear la similitud del pensamiento político de Lenin y Mussolini con el de Platón, se plantearían cuestiones como ésta: ¿tan poco ha progresado el pensamiento político, que en el siglo xx hay quien piense como se pensaba hace aproximadamente veinticinco siglos? O como esta otra: puesto que el pensamiento político de Lenin y el de Mussolini se asemejaron al de Platón, ¿fueron semejantes entre sí?

Estas preguntas, que son difíciles de contestar si se formulan de improviso, no lo son si se ha examinado previamente el paralelismo que las engendra, o sea el ya indicado del pensamiento político de Lenin y Mussolini con el de Platón. Dicho examen, de haber sido realizado objetivamente, es un punto de apoyo para resolver cualesquier cuestiones que de él deriven.

Para realizar objetivamente el examen de que se trata, es menester partir del pensamiento político de Platón, término de comparación en el caso. Ha de consultarse, pues, el diálogo *La República*, en donde consta el modo de pensar del filósofo griego en lo que a política concierne. En esa obra, en el libro iv, Sócrates enuncia la siguiente declaración:

“Por consiguiente, todo Estado organizado naturalmente, debe su prudencia a la ciencia que reside en la más pequeña parte de él mismo; es decir, en aquellos que están a la cabeza y que mandan. Y al parecer la naturaleza produce en mucho menor número los hombres a quienes toca consagrarse a esta ciencia; ciencia que es, entre todas las demás, la única que merece el hombre de prudencia.”

Esta enunciación está precedida por un coloquio en el que Sócrates subraya que los gobernantes constituyen el grupo “menos numeroso” en el seno de la sociedad y son depositarios de una ciencia especial:

SÓCRATES. ¿Hay en el Estado que acabamos de formar una ciencia que resida en alguno de sus miembros y cuyo fin es deliberar, no sobre alguna parte del Estado, sino sobre el Estado todo y sobre su gobierno, tanto interior como exterior?

GLAUCON. Sin duda, la hay.

SÓCRATES. ¿Qué ciencia es esa y en quién reside?

GLAUCON. Es la que tiene por objeto la conservación del Estado, y reside en aquellos magistrados que están encargados de su guarda.

SÓCRATES. Con relación a esta ciencia, ¿cómo llamas a nuestro Estado?

GLAUCON. Verdaderamente prudente y sabio en sus consejos.

SÓCRATES. ¿Crees que haya entre nosotros más excelentes herreros que excelentes magistrados?

GLAUCON. Muchos más herreros.

SÓCRATES. En general, de todos los cuerpos que toman su nombre de la profesión que ejercen, ¿no será el cuerpo de los magistrados el menos numeroso?

GLAUCON. Sí.

El criterio político de Platón está plenamente definido en los extractos que fueron transcritos: es, como tantas veces lo han hecho notar los comentaristas, un criterio aristocrático. Lo que de verdadero o falso haya en ese criterio, lo que sea plausible o condenable, no está a discusión ahora y lo que importa es dejar establecido que Platón postuló la eficacia y bondad del gobierno aristocrático del Estado.

Lenin, aunque no textual, sino parafrásticamente, repitió en las páginas de muchos de sus artículos, folletos y libros lo que ya había dicho Platón: la obra de Vladimiro Ilich está surcada por ideas que él reiteraba con frecuencia, y entre esas ideas pocas son tan persistentes como la que se refiere a la necesidad de que una “vanguardia del proletariado” logre la transformación de la sociedad y conduzca a ésta al ámbito de una “socie-

dad sin clases”, después de pasar por un periodo de transición de gobierno dictatorial.

Tanta importancia asignó Lenin a la “vanguardia del proletariado”, que por defender la necesidad de ella no tuvo empacho en atropellar una de las tesis fundamentales en el sistema político de Marx.

Éste, en los *Estatutos generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores*, aprobados en 1871 e inspirados en los *Estatutos provisionales*, obra de Marx también, formulados en 1864, al ser fundada la I Internacional, había asentado, con disposición radicalmente democrática, que “la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos”.

Lenin atropelló este postulado, y en *¿Qué hacer?* (1902) proclamó que no los “obrerros mismos”, sino “un partido dirigido por una teoría de vanguardia” debe promover y consumar la revolución proletaria, es decir, “la emancipación de la clase obrera”. Las palabras de Lenin en la obra que ha sido citada, fueron éstas: “Sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia.”

No la “clase obrera”, no “los obreros mismos”, como Marx indicaba, deben ser los que procuren la emancipación de la “clase obrera”, sino “un partido dirigido por una teoría de vanguardia”. Un *partido* y no una *clase*, a pesar de que el proletariado es una *clase* y no un *partido*, fue reclamado por Lenin para cumplir los fines que tan concreta y categóricamente había asignado Marx a la “clase obrera”.

La expresión “vanguardia del proletariado”, que es distinta, si no opuesta, a “proletariado”, con toda la diferencia que hay entre los conceptos y la realidad de *partido* y *clase*, la repitió Lenin tenazmente a lo largo de toda su obra, hasta definirla ruda e inequívocamente en el opúsculo *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, que data de 1920.

Este opúsculo de Lenin, como es bien sabido, fue escrito con el propósito de zanjar una peligrosa escisión registrada en el Partido Comunista de Alemania. Los disidentes en esa escisión, los “espartaquistas”, plantearon francamente la siguiente disyuntiva.

“... ¿quién debe ejercer la dictadura, el *Partido Comunista* o la *clase proletaria*? ... *En principio* ¿debe tenderse a la dictadura del Partido Comunista o a la dictadura de la clase proletaria?”

En otra parte, los disidentes añadían: “... ¡De un lado la dictadura de los jefes, de otro la dictadura de las masas!”

La forma de estar planteada esa disyuntiva no dejaba espacio para confundirse respecto a la inquietud que hostigaba a los disidentes; pero

Lenin no dio una respuesta directa y clara a la cuestión que tan clara y directamente le había sido propuesta, sino que procuró esquivarse, diluyendo en generalidades un tema cabalmente definido.

He aquí su evasiva respuesta:

“El solo hecho de preguntar: ¿dictadura del partido o bien dictadura de clase?, ¿dictadura (partido) de los jefes o bien dictadura (partido) de las masas?” acredita la más increíble e irremediable confusión de ideas. Hay gentes que se esfuerzan por *inventar* algo enteramente original y no consiguen más, en su afán de sabiduría, que caer en el ridículo. De todos es sabido que las masas se dividen en clases, que oponer las masas a las clases no puede permitirse más que en un sentido, si se opone una mayoría aplastante, en su totalidad, sin distinguirse las posiciones ocupadas con relación al régimen social de producción, a categorías que ocupan una posición en este régimen; que las clases están generalmente, en la mayoría de los casos, por lo menos en los países civilizados modernos, dirigidas por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, por regla general, por grupos más o menos estables de las personas más autorizadas, influyentes, expertas, elegidas para los cargos más responsables y que se llaman jefes.”

En el pasaje reproducido, Lenin se hurtó a la cuestión que le había sido propuesta por los disidentes del Partido Comunista de Alemania; pero, a cambio de ello, postuló una tesis de naturaleza aristocrática, al proponer la dirección de *las clases*, entre ellas, obviamente, la que Marx llamó “clase obrera” y “obreros mismos”, por un partido político que no representaría a *la clase*, sino que sería su *vanguardia*, cosas ambas que de ninguna manera equivalen la una a la otra.

Ese modo de pensar de Lenin alteró el pensamiento de Marx, al reducir el concepto de *clase* al de *partido*, o, con mayor exactitud, al incitar a la sustitución de la *clase* por el *partido*. A pesar de ser muy considerable esa reducción o esa incitación a la sustitución, Lenin fue más lejos y postuló una reducción más: la de *partido* a *jefes*. El contenido democrático de la fórmula de Marx fue totalmente eliminado en la interpretación leninista.

De acuerdo con ésta, en el Estado nuevo, en el Estado revolucionario, en la dictadura del proletariado que debe preceder a la extinción del Estado, no es el dominio de una clase, y ni por asomo el de la sociedad toda, el que da eficacia y acierto, o “prudencia”, como decía Platón, al Estado. Es la *teoría de vanguardia* (“ciencia”) de *los jefes* (“la más pequeña parte” del Estado) la que tales eficacia y acierto consigue.

A semejanza de Platón, Lenin pudo haber escrito:

“Todo Estado organizado proletariamente debe su eficacia a la ciencia que reside en la más pequeña parte de él mismo, en los jefes.”

El carácter aristocrático de esta proposición y, en consecuencia, de la posición de Lenin no necesita de exégesis: se explica por sí sola. Por consiguiente, Lenin encarnó en el siglo xx un regreso a Platón, o, podría decirse con otras palabras, representó la incidencia en una actitud mental veinticinco siglos vieja.

No estuvo sólo en esa actitud. Lo acompañó en ella su contemporáneo Benito Mussolini, fundador del fascismo y maestro de numerosos hombres de Estado. Adolfo Hitler, Francisco Franco, Antonio Oliveira Salazar y Juan Domingo Perón figuran entre ellos, bien que no sean los únicos.

El regreso a Platón que, sin mencionarlo, pregonó Mussolini, fue logrado, como en el caso de Lenin, dando un rodeo; pero Mussolini fue más elemental y franco que Lenin y confesó llanamente su posición aristocrática.

Esta posición está definida en el artículo “*Fascismo*”, que el propio Mussolini escribió para la Enciclopedia Treccani.

Ahí, en el inciso 9 de la primera parte, declaró que el fascismo concebía al pueblo “como conciencia y voluntad de un pequeño número o de uno solo, como un ideal que tiende a realizarse en la conciencia y en la voluntad de todos”.

Así como Lenin reducía la *clase* a su *vanguardia* y ésta a sus *jefes*, Mussolini redujo al *pueblo* a un *pequeño número* o *uno solo*. Trató de justificar esa reducción, aduciendo en el inciso 6 de la segunda parte del artículo citado, que “el fascismo niega que el número, por el solo hecho de ser número, pueda dirigir a la sociedad humana; niega que ese número pueda gobernar por medio de una consulta periódica; afirma la desigualdad irremediable, fecunda y benéfica de los hombres, que no pueden volverse iguales por un hecho mecánico y extrínseco, tal como el sufragio universal”.

De acuerdo con esto, el Estado debe su eficacia, o “prudencia”, a un “pequeño número” (o a “uno solo”) cuyas “conciencia y voluntad”, o cuyo “ideal”, dicho de distinta manera, “tiende a realizarse en la conciencia y voluntad de todos”.

La *más pequeña parte*, de Platón, que en Lenin se transformó en *los jefes*, fue en Mussolini el *pequeño número*. Las tres formas de expresión

son distintas; pero, indudablemente, se trata del mismo concepto. Este concepto no es otro que el del gobierno y dirección de la sociedad por una minoría, o sea, el de la aristocracia. Tan aristocrático es el pensamiento político de Platón, como el de Lenin y Mussolini. Que cada uno lo haya dicho de distinta manera, carece de importancia.

El examen relativo a la similitud entre el pensamiento político de Platón con el de Lenin y Mussolini conduce a la certidumbre de que esa similitud existe. No que haya identidad, pues las circunstancias de tiempo y lugar influyen inevitablemente en las formas y contenidos del pensamiento; pero sí hay coincidencia en los rasgos fundamentales, esto es, hay similitud o analogía, hay un parecido esencial. A esa conclusión se llega si se prescinde del *clima de opinión*.

Al llegar a ella quedan resueltas las cuestiones que de haberla obtenido pueden derivar, entre ellas las dos de que ya se hizo mención, a saber: ¿tan poco ha progresado el pensamiento político, que en el siglo xx hay quien piense como se pensaba hace aproximadamente veinticinco siglos? Y: puesto que el pensamiento político de Lenin y Mussolini se asemejaron al de Platón, ¿fueron semejantes entre sí?

Ya ante esas preguntas, surge una limitación: el examen hecho no atañe a la totalidad del pensamiento de Platón, Lenin y Mussolini, sino sólo a un aspecto. Por eso, en lo que a dicho aspecto se refiere, las respuestas caen por sí solas, por así decir. O sea: son de suyo tan evidentes, que no es menester enunciarlas explícitamente.